

Los inicios de la imprenta en Madrid

La aparición de la imprenta

La imprenta llegó a Madrid bastante tarde si lo comparamos con otras ciudades de su entorno, y no se retrasó más porque Felipe II decidió en 1561 convertirla en capital. Hay que recordar que el que puede ser considerado el primer libro impreso en España, el *Sinodal de Aguilafuente*, está fechado casi un siglo antes, en 1472, en la cercana provincia de Segovia. Y sin salir de la provincia de Madrid, la necesidad de textos que tenía la Universidad Complutense de Alcalá de Henares fomentó la creación de negocios de imprenta desde 1494. Madrid, por tanto, llegaba al negocio de la impresión con cierto retraso.

Tampoco la llegada de los impresores fue inmediata, ya que los profesionales de dicho gremio sospechaban que el volumen que generaría la capital no sería tanto. De hecho, los primeros trabajos que surgieron fueron fundamentalmente modestas publicaciones oficiales. Sin embargo, conforme la corte se fue estableciendo de forma definitiva en Madrid, a los propios organismos oficiales se sumaron numerosas instituciones religiosas y académicas, sin olvidar la llegada a la ciudad de algunos de los más importantes escritores del Siglo de Oro.

Cristóbal Pérez Pastor publicó entre 1891 y 1907 su *Bibliografía madrileña*, en la que recopilaba la información de las

obras impresas en la capital desde el inicio de la imprenta hasta el final del siglo XVI. Según sus estudios, la fecha concreta de la introducción de la imprenta en Madrid se puede situar en la segunda mitad del año 1566, cuando el librero Alonso Gómez realizó en la capital sus primeros trabajos. Hasta ese momento, Gómez, que había adquirido licencias para imprimir documentos oficiales, tenía que enviar los correspondientes encargos a impresores de Alcalá de Henares. Cuando decidió que era más rentable que esos trabajos se hicieran sin tener que salir de la ciudad, llegó a un acuerdo con el impresor francés Pierres Cosin para establecer una imprenta a nombre de los dos, aunque Gómez mantuvo a su vez su negocio de librería. Durante ese año se publicaron al menos cuatro obras impresas por Alonso Gómez y Pierres Cosin. Tres eran documentos de normativa legal (pragmáticas o provisiones reales) sobre temas tan diversos como el «crecimiento del valor de la moneda de oro», el precio del pan o instrucciones a los ganaderos sobre el uso de los pastos. Pero la primera obra de ese taller que incluye Pérez Pastor en su bibliografía (no sabemos si también la primera en imprimirse) fueron los *Proverbios y sentencias del Ilustrísimo señor don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana*.

En cualquier caso, la asociación no duró demasiado, ya que al siguiente año empezaron a trabajar de forma independiente. Primero Gómez, que imprimió sus propias obras desde 1567, año en que además fue nombrado Impresor del Rey o, como él se denominaba, «Impresor de su Majestad». El cargo lo heredó en 1584 su viuda, María Ruiz, que siguió con la labor de imprenta al menos hasta 1595. En el caso de Cosin, este instaló su propio taller en 1568 y, unos años más tarde, en 1574, abrió una librería en lo que, en palabras de Mercedes Agulló (1992),

era «un pedazo de una callejuela de la calle Mayor» que le había arrendado el propio Ayuntamiento.

Son varios los impresores que se instalaron en la ciudad en esos primeros años de la imprenta en Madrid. No pretendemos citarlos a todos, aunque no podemos dejar de mencionar algunos nombres. Por ejemplo, el del librero procedente de Salamanca Pedro Madrigal, que abrió su imprenta en la calle Atocha hacia 1588, donde siguió trabajando hasta su muerte en 1594. Esa imprenta tiene una gran importancia histórica porque, años más tarde, se imprimió allí la primera parte del *Quijote* cuando ya estaba al cargo de ella Juan de la Cuesta. Juan Íñiguez de Lequerica, por su parte, era un impresor que trabajaba habitualmente en Alcalá de Henares, pero fue reclamado por los monjes del Monasterio de San Jerónimo el Real para que imprimiera allí algunas obras. En una práctica que, como veremos, era frecuente en el gremio, Íñiguez de Lequerica se casó precisamente con la viuda de Pedro Madrigal, María Rodríguez de Rivalde.

Otro impresor que queremos destacar fue Francisco Sánchez, que comenzó a trabajar en Madrid en 1572. Lo hizo con muy pocos medios (como dice Pérez Pastor, «empleaba fundiciones cansadas»), pero a esas primeras impresiones de relativa baja calidad les fueron sucediendo otras cada vez mejores según su imprenta iba adquiriendo prestigio. Se sabe que Francisco Sánchez trabajó hasta 1590, año en el que, no sabemos si por fallecimiento o por jubilación, le sucedió su hijo Luis. Parece que este, dadas las obras que de él han podido estudiarse, elaboró libros de mayor calidad y desde 1607 fue considerado impresor del rey. Además, tuvo siempre en su taller grandes oficiales, que muchas veces se instalaban después por su cuenta

y a los que Luis Sánchez nunca tenía problema en readmitir si sus nuevos proyectos no salían adelante.

Hablemos por último de los Junti (o Junta, según algunos autores), familia de origen italiano impulsora de la Imprenta Real. Desde 1574 tuvo Julio de Junti el encargo de traer a España los libros del llamado Nuevo Rezado (aquellas obras litúrgicas que seguían las directrices del Concilio de Trento). Los libros se imprimían en Venecia y a cambio a Junti se le permitía llevarse a Italia el dinero obtenido en sus negocios españoles. Sin embargo, el mismo impresor propuso que esos libros se elaboraran directamente en Madrid en una imprenta creada a tal efecto. La idea agradó al rey Felipe II, ya que, de esa forma, evitaba tener que realizar una excepción con Junti respecto a la salida de dinero del país al tiempo que los monjes de El Escorial, que poseían el privilegio relativo a ese tipo de libros, podrían revisarlos con mayor facilidad. Así, se le concedió a Julio de Junti el título de Impresor Real, que delegó en su sobrino Tomás de Junti. A pesar de la importancia de esta Imprenta Real, los lugares en los que se instaló fueron bastante modestos. Felipe II había pensado primero en un solar junto al Juego de la Pelota (en la zona de la actual plaza de Isabel II), pero, ante la negativa de la ciudad de Madrid, hubo que pensar en otras localizaciones: primero fueron unas casas propiedad de la condesa del Castellar junto a la iglesia de San Justo (hoy desaparecida y que estaba situada al lado de la plaza del Conde de Barajas) y posteriormente un local algo más amplio en la calle del Ángel, en el barrio de San Francisco.

Los primeros libreros

En las próximas páginas trataremos de situar dónde se instalaron los primeros libreros en la capital, entendiendo *libreros*

en este caso como mercaderes de libros. La aclaración es importante, ya que en esa época, dentro del oficio, había libreros que solo vendían obras ajenas, otros que además eran encuadernadores o incluso impresores y, finalmente, estaban los que se encargaban de comerciar con libros que de alguna manera financiaban (un poco a semejanza de los editores actuales).

El librero madrileño más antiguo parece que fue Juan de Medina, que había tenido primero una tienda de libros en Alcalá de Henares. Estaba situada cerca de la Universidad, para la que realizaba además trabajos de encuadernación, labor que también llevaría a cabo posteriormente para el entonces todavía príncipe Felipe. A Madrid llegó hacia 1530 e instaló su librería junto a la Puerta de Guadalajara, en lo que hoy sería aproximadamente el cruce de la calle Mayor con la de los Milanese. De hecho, el núcleo formado por la propia Puerta de Guadalajara y la cercana calle Santiago fue el elegido por buena parte de los primeros libreros que se instalaron en la capital. Y es que la calle Santiago, además de ser céntrica y concurrida, era un camino natural entre el Palacio y la plaza Mayor.

Al igual que ocurría entre los impresores, era muy habitual que existieran lazos familiares entre distintos libreros. Baste solo un ejemplo, que nos interesa por estar implicado Francisco de Robles, futuro editor del *Quijote*. Una de las hijas del citado Juan de Medina, Francisca de Ávila, se casó con el librero Francisco López, que había heredado las casas que su hermano, el también conocido mercader de libros Juan de Escobedo, tenía en la calle Santiago. Las propiedades del matrimonio, tanto los inmuebles de la calle Santiago como la librería de Medina, las heredó su hija María López, la cual a su vez contraería nupcias en 1563 con Blas de Robles, padre de Francisco de Robles, del que más adelante hablaremos con detalle. Como puede

Las mujeres impresoras en el Siglo de Oro

A pesar de ser una época donde las mujeres tenían reservado un papel secundario, fueron varias las que se hicieron cargo de alguna de las imprentas madrileñas. Normalmente eso ocurría tras la muerte de sus maridos (en cuyo caso en el pie de imprenta solían escribir «Viuda de...») y muchas veces de forma provisional, pues habitualmente trataban de contraer matrimonio con otro miembro del gremio. El primer nombre significativo del que tenemos referencia es el de María Ruiz, viuda de Alonso Gómez, que se hizo cargo del negocio desde 1584 y durante al menos diez años, en los que se asoció con otros libreros como el genovés Esteban Bogia.

Por su parte, María Rodríguez de Rivalde, viuda de Pedro Madrigal, se hizo cargo de la imprenta en 1594. En los años siguientes repartió la responsabilidad con su hijo Pedro, así como con su segundo marido, el también impresor Juan Íñiguez de Lequerica. Algo parecido pasó con María de Quiñones, viuda de Juan de la Cuesta, impresor del *Quijote*. A la muerte de este, continuó con los trabajos de imprenta, a veces firmando con su propio nombre, algo poco usual. En estos dos casos se da la curiosa circunstancia de que, a pesar de llevar una imprenta, ninguna de las dos sabía leer.

Hubo otras mujeres que se hicieron cargo de imprentas importantes. Por ejemplo, Teresa Junti, viuda de Tomás de Junti, que llegó a ser Impresora Real. También, cuando murió Luis Sánchez en 1627, su viuda Ana Carasa continuó con el negocio al menos hasta 1631. En este caso además la sucedió también otra mujer, su hija Juana Isabel, probablemente porque fue la única de sus cuatro hijos que sobrevivió.

VIDA DEL PADRE IGNACIO DE LOYOLA, FVNDADOR DE LA RELIGION de la Compañia de Iesus.

ESCRITA PRIMERAMENTE EN LATIN
Por el padre Pedro de Ribadeneyra de la misma Compañia, y
ahora nuevamente traducida en Romance, y añadida
por el mismo autor.

Dirigida al Ill^{mo.} y R^{mo.} señor don Gaspar de
Quiroga, Cardenal, y Arzobispo de Toledo,
Inquisidor general, &c.



EN MADRID
Por la viuda de Alonso Gómez,
Año de 1594.
Con preuilegio de Castilla, y Aragon.

Portada de *Vida del padre
Ignacio de Loyola*, por Pedro
de Ribadeneyra. Madrid, viuda
de Alonso Gómez, 1586.

comprobarse, un hilo familiar no fácil de seguir, pero como el que había muchos en aquella época en Madrid, donde al final el negocio del libro estaba en manos de pocas familias.

En la calle Santiago también trabajó Alonso Pérez de Montalbán, uno de los editores y libreros más activos, padre del dramaturgo Juan Pérez de Montalbán y muy relacionado con algunos escritores, como Lope de Vega. En la citada calle alquiló una tienda en 1606, cuando la corte volvió a Madrid tras cinco años de paréntesis durante los que Valladolid había sido nombrada capital. Pérez de Montalbán estuvo al servicio tanto del rey como del duque de Lerma, a los que abastecía de distintos productos, hasta el punto de ser nombrado Librero de su Majestad.

La creación del Colegio Imperial de los jesuitas en la calle de Toledo y su importancia como centro de formación animó también a varios libreros a acercarse allí, bien a las *covachuelas* o tiendecillas que se instalaron en los edificios de la institución, bien a las calles cercanas, como la propia calle Toledo, Concepción Jerónima o la de los Estudios. Una de esas covachuelas la arrendó en 1606 Sebastián de Robles, en concreto y según recoge Mercedes Agulló «la tienda primera de las cinco que el dicho Colegio tiene en la Casa de los Estudios, que es la primera como se va de la calle de Toledo al Rastro». Este Sebastián de Robles fue la cabeza visible de una gran familia de libreros que con ese apellido se extendió durante varias generaciones, si bien sin lazos evidentes con la familia Robles, a la que perteneció Francisco, editor del *Quijote* (la confusión se acentúa porque hubo hasta tres Franciscos de Robles por aquella época en Madrid, entre ellos un hijo del propio Sebastián).

Otro núcleo donde se concentraron parte de los libreros fue precisamente el formado por la Puerta del Sol y la calle Mayor.